

PRESENTACIÓN DE *LA REVANCHA DE DON MENDO*, DE PEDRO CARDELÚS MUÑOZ-SECA

Nieves Algaba

Si hay dos obras de teatro que nos los españoles nos conocemos casi de memoria -por los menos, los que tenemos ya una cierta edad- son *El Tenorio* y *La venganza de don Mendo*, de don Pedro Muñoz-Seca. Forman parte de nuestro acervo cultural. Y cuando una obra desafía el paso del tiempo es por algo. Imagínense ustedes que hasta Pablo Iglesias recitó, sin consultar ningún papel, unos versos de la comedia en una “Comisión de Investigación sobre la Financiación de los Partidos Políticos” en el Senado en 2018.

Y es que, ¿quién no se sabría continuar este espléndido ovillejo después de la enunciación del primer verso?

Don Mendo (Nieves):

¿Quién se acerca inoportuno?

Pero (Pedro):

¡Uno!

Don Mendo (Nieves):

¿Sabe qué suerte le cabe?

Pero (Pedro):

¡Qué sabe!

Don Mendo (Nieves):

¿Y qué le impulsó a subir?

Pero (Pedro):

¡Reñir!

Don Mendo (Nieves):

¿Dijo reñir o morir?

Pero (Pedro):

Reñir y matar si cabe,

que entró por ese arquitrabe

uno que sabe reñir

El caso es que, si nosotros lo sabemos de memoria, imagínense el nieto del autor, nuestro querido Pedro.

En cualquier caso, el saber de memoria, el conocer, que no en vano significan valorar la cultura, nuestro pasado, me parece muy importante, porque yo siempre he defendido que no hay nada más estimulante que el reconocerse en una tradición. Lo hace el propio Pedro Muñoz-Seca cuando para escribir su don Mendo viene a parodiar punto por punto un teatro, el romántico, que había envejecido mal. Y lo hace nuestro Pedro, situarse en una tradición, sabiendo que tiene que ser fiel al personaje creado por su abuelo, que no puede inventar otro don Mendo, que el suyo debe tener las mismas cualidades que el anterior, porque son el mismo personaje. Y como parto de la base de que no hace falta que les ponga en situación haciendo un resumen de la inmortal obra de don Pedro Muñoz-Seca, sé que todos ustedes convendrán conmigo en que si hay una característica que define a don Mendo es su inocencia, su candidez.

De modo que el don Mendo de la *Revancha* tiene que mantener esa candidez que a todos nos enternece porque el pobre, infeliz es, no lo olvidemos, (le ponen los cuernos, le quieren emparedar, le acosan...); en definitiva, es un perdedor, un antihéroe, como dicen algunos.

Pero eso sí, tiene un éxito arrollador con las mujeres, aunque justamente esto sea causa de su desgracia. Así lo dice el Mendo primitivo: (recordemos aquel “¡ay, infeliz del varón / que nace cual yo tan guapo!”) y así lo dice el moderno porque, insisto, son el mismo:

En conversación con el duque de Campazos, personaje debido a la pluma de Cardelús, advertimos que este nuevo don Mendo dice:

Don Mendo (Pedro):

Pero yo, nací canijo...

Mi padre, después de verme,

afirman que me maldijo

y no quería acogerme.

Duque de Campazos (Nieves):

Pues, a la larga, marqués,

Salisteis muy bien compuesto,

y despertáis interés,

es obvio, en el sexo opuesto.
Sois dueño de un rostro amable
y tenéis tan lindo talle
que parece razonable
que os acosen por la calle.

Esta fidelidad a *La venganza de don Mendo* se mantiene también cuando Pedro crea nuevos personajes (de hecho, los únicos personajes que se mantiene de la obra del abuelo son don Mendo y su leal amigo, el marqués de Moncada), pero como digo, los nuevos personajes están en perfecta consonancia con los anteriores: si en *La venganza* teníamos a Azofaifa, en *La revancha* tenemos a Hadiya, de nuevo una mora (vuelvo a insistir en que Muñoz-Seca estaba parodiando el teatro romántico, plagado de este tipo de personajes que se consideraban exóticos), pues bien, Hadiya persigue a don Mendo, como lo hacía su predecesora, y con idéntico resultado:

Hadiya (Nieves):

¿Me llamasteis mi señor?
Dulce sueño de mis ojos,
de mi virtud burlador,
hincada ante vos de hinojos,
¿queréis disfrutar mi amor?

Don Mendo (Pedro):

Alza del suelo Hadiya,
hacedlo, por caridad,
pues, al estar de rodillas,
sufren una enormidad
el menisco y las ternillas.

(Como pueden ustedes ver, por estos breves apuntes, el estilo no desmerece en nada a la obra del abuelo: esa, casi diríamos, intromisión de la realidad más prosaica en medio de declaraciones de amor, de lances terribles, no puede producir sino un efecto cómico).

Para que se vea el paralelismo con lo que acabamos de leer, recordemos *La venganza de don Mendo* donde, en tono parecido, le dice don Mendo a Azofaifa:

Don Mendo (Pedro):

Deja de estar en hinojos.

Cese tu amarga congoja,
seca tus rasgados ojos
y déjame que te acoja
en mis brazos, sin enojos.

Y luego:

Don Mendo (Pedro):

Ni a ti, ni a nadie he de amar.
Déjame a solas pensar
sentado en aqueste ripio,
sin querer participar
del dolor que participio.

Y es que más allá de las situaciones, la comicidad descansa también en el lenguaje, por eso, y lo digo por propia experiencia, este tipo de obras son imposibles de traducir (cuando yo era joven y tenía, obviamente, menos experiencia que ahora, tuve que dar una clase de Literatura Española del siglo XX a mis alumnos americanos y no se me ocurrió otra cosa que ponerles como lectura obligatoria *La venganza de don Mendo...* Por mucho diccionario que usaran, no había forma de que entendieran ese: “sin querer participar/ del dolor que participio”. O imagínense ustedes cómo se explica aquello de: “Para asaltar torreones, / cuatro Quiñones son pocos./ ¡Hacen falta más Quiñones!”).

Es más, Pedro aprovecha esos mismos recursos en su perfecto respeto por el texto original. Así que, de nuevo, su obra también es intraducible porque vuelve a la carga con los “Quiñones”:

Don Mendo (Pedro):

ya no atendía a razones,
me disparó a tenazón
y ya no tuve quiñones
para evitar la ocasión.

Y serían incontables las veces en las que la vinculación con *La venganza de don Mendo* se mantiene también a nivel conceptual, o a nivel léxico. De hecho, Cardelús mantiene rasgos propios de la lengua antigua como la indefinición del género en determinadas palabras “la color me demuda” o el uso arcaico del pronombre enclítico.

Leemos en *La revancha*:

Don Mendo (Pedro):

El caso es que pareciome...

Tal vez la vista me engaña...

Quizá el ojo traicionome,

turbio por tanta legaña.

Y en *La venganza*:

Don Mendo (Pedro):

¿Qué es eso? ¿Tiróme un beso?

¿Dónde, ¡ay, Dios!, el beso dióme,

y dónde quedóme impreso?

¡Pardiez! ¿Por qué fizo aquesto

y por qué me lo tiróme?

¡Fuerzas, cielos, porque al vella

querré matalla y mordella

y eso sería delatalla!

¡Juro a Dios que he de miralla

y escuchalla sin vendella!

Y convendrán ustedes conmigo en que el abuelo hizo elevó a categoría de obra de arte algo tan denostado como el ripio.

El ripio aparece definido en el DRAE como: “Palabra superflua o frase hecha que se usa con el objeto de completar un verso o de lograr la rima fácilmente y que degrada la calidad del poema”. Sin embargo, Muñoz Seca no solo no ocultó sus ripios, de hecho, en esa idea de darles entidad como modo jocoso de hacer poesía, los declaró en el propio título de su obra: “Caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún ripio”, y por supuesto, los explotó al máximo, como también, de manera magistral lo hace nuestro Pedro. Porque una cosa es la teoría y otra llevarla a la práctica con gracia y maestría. Son muchos los ejemplos que podría poner, basta este tira y afloja entre don Mendo y la insistente Hadiya:

Te ruego formalidad,
no quieras llevarme al huerto,
pues no hay posibilidad.
Castrado para el amor,
cosa que es digna de encomio,
pues mudé de seductor
en momia (más bien, en momio),
que infunde a Eros pavor.

Y es que abuelo y nieto, se miden con las rimas más complicadas. En *La venganza*:

Voy a verla! Sí. ¿Qué incoa
mi espíritu? Lo que incoe
ya mi cerebro corroe.
¿Mas qué importa que corroa?
¡Aspid que en mi pecho roe,
prosigue tu insana roa
que aunque soy digno de loa
no he de ser yo quien se loe!

Y en *La revancha*:

Me turbáis, y esta turbanza
que me turba hasta el turbante
conturba mi confianza...
Me resulta... perturbante.

Olvidadlo, fui un ceporro.
Que alguien venga en mi socorro;
nadie piense, ¡vaya engorro!,
que le estoy echando morro.

Pero además de todo lo dicho, Pedro ha sabido combinar a la perfección el pasado y el presente, la deuda con la obra de su abuelo y la más rabiosa actualidad que, por

desgracia, a veces, de puro trágica, podía ser cómica. Y así, por las páginas de su comedia vamos a ver desfilar a los independentistas catalanes, Eurovisión o al Dalai Lama. ¿Cómo puede aparecer todo esto en medio de la tragedia de unos personajes que se supone que viven en el medievo? Pues ahí está la gracia, en el anacronismo que también usaba el abuelo y que es uno de los puntales sobre los que se asienta el astracán. No en vano, Cardelús nos advierte de que se va a “**montar un lío/ ¡peor que el de Puerto Hurraco!**”.

Podría seguir poniendo montones de ejemplos que demostrarían las características que, sin duda, definen a nuestro querido compañero: su vasta cultura, su facilidad para el verso, su extraordinario sentido del humor... Y la más importante: su maravilloso modo de evidenciar la admiración y el amor por su abuelo.

Pero tengo que terminar. A este don Mendo redivivo todo le sale mal, no le puede salir bien porque don Mendo es un perdedor y, quizá por eso nos genera tanta ternura...

¿He dicho que todo le sale mal? Tengo que corregirme porque el final, un maravilloso hallazgo de Pedro y que no quiero desvelar porque es tremendamente emotivo, me obliga a desdecirme de mis palabras. Los que hayan leído ya la obra entenderán que con ese final Pedro se nos revela no solo como un hábil versificador, que lo es, no solo como un hombre con un extraordinario sentido del humor, que lo es, sino como un escritor con capacidad para CREAR y EMOCIONAR. Y eso, querido amigo, resulta impagable para todos los que amamos la literatura.

Gracias por tu don Mendo, Pedro, por traerle de nuevo a nuestro presente aunque, como tú muy bien sabes, muerto no estaba porque ya tu abuelo lo había hecho inmortal a través de la palabra poética.